

El Padre Alfonso se levantó conmovido, y el anciano se limpió una lágrima que había procurado ocultar á su hijo.

—Catalina—dijo el Padre Alfonso—llegó el momento.

Doña Catalina apareció entonces vestida de negro y sumamente pálida.

El Padre y su hermana se pusieron de rodillas delante del anciano, que procurando aparecer sereno, echó su bendición sobre aquellas dos cabezas inclinadas.

Aquella bendición caía como el rocío de consuelo, en dos almas tan diferentes y agitadas por pasiones tan diversas.

Eran dos seres desgraciados.

El hombre fuerte, inteligente, vigoroso; el sacerdote de la virtud, que no había tenido en el mundo mas anhelo que el de la ciencia, ni mas ambicion que la libertad de su patria, y que marchaba á tierra extraña con el corazón despedazado, porque dejaba á México cautivo y sin esperanza.

La jóven hermosa, que había apurado la copa del placer y de la disolucion, y que no había tenido mas amor en su vida que el de Leonel, huía del hogar doméstico, á buscar en la soledad del claustro un asilo para llorar sus desventuras y un amparo contra las tormentas de la vida.

La una iba impulsada por el arrepentimiento de lo que había hecho en el mundo, huyendo de él.

El otro, devorado por el despecho de lo que no había podido hacer, huía tambien.

—Hijos míos—exclamó el anciano;—yo os bendigo, y la bendición de un padre que ama á sus hijos, es la bendición de Dios: no olvidéis mis consejos, y rogad á Dios por vuestro padre.

Los jóvenes se levantaron y se arrojaron llorando en el seno de Don Nuño, que los recibió en sus brazos.

El Padre Alfonso tuvo mas presencia de ánimo; se ar-

40

XL.

El fin de la historia.

LA noche había cerrado, y en el patio de la casa de Don Nuño de Salazar se veía uno de esos coches de camino que hacían el entonces largo y peligroso viaje de la capital de la colonia al puerto de Veracruz.

Pero aquel viaje se preparaba sin ruido, sin movimiento, sin escándalo.

Los cocheros esperaban el momento de la partida, y el coche estaba cargado con baúles y cajas.

En un aposento de la casa, Don Nuño daba sus últimos consejos al Padre Alfonso.

—Hijo mio—le decía—vas á la tierra de tus antepasados; allí la nobleza, la inteligencia y el dinero te abren camino para los altos puestos; allí, hijo mio, nadie se acordará de que eres americano, sino para alabarte; llevas fondos para cubrir el dote y los gastos que necesita tu hermana para profesar. Dios los bendecirá como los bendice su padre. Llama á Catalina.

rancó de los brazos del anciano, y tomando de la mano á Doña Catalina, salió llorando del aposento.

El viejo permaneció inmóvil mirándolos, hasta que la puerta volvió á cerrarse; entonces, con una voz que salía del fondo de su corazón, exclamó, volviendo á bendecir el lugar por donde él suponía que aun estaban:

—¡Hijos míos! ¡hijos míos! ¡Dios os bendiga!—y se dejó caer sobre un sitial.

Doña Catalina, siguiendo á su hermano, salió del aposento de su padre; sin alzar siquiera el rostro atravesaban ya el corredor, cuando oyeron una voz que decía:

—Alfonso, Catalina!

La jóven, como herida por una corriente eléctrica, volvió el rostro, y vió á Don Leonel; y ella y Don Alfonso se arrojaron en los brazos del jóven, sin hablar.

—¡Adios!—dijo el Padre desprendiéndose.

—¡Adios, hermano mio!—contestó Don Leonel conmovido.

—Leonel—exclamó Catalina—¡adios para siempre! para siempre!

—¡Adios para siempre, hermana de mi corazón!

Catalina siguió al Padre; pero al llegar á la escalera, volvió el rostro y miró á Don Leonel que los contemplaba con las lágrimas en los ojos; no pudo contenerse, lanzó un grito y volvió corriendo á precipitarse entre sus brazos.

—Vámonos!—dijo el Padre tomándola de una mano;—¿para qué quieres herir mas tu corazón?

—¡Para siempre!—dijo Catalina.

—Para siempre!—contestó Don Leonel;—y se separaron.

Poco antes de retirarse, la jóven hizo otro esfuerzo, y tomando una de las manos de Don Leonel, imprimió en ella un beso, en que parecia querer dejar el alma.

El jóven retiró su mano y se precipitó en su aposento.

Pocos momentos despues se escuchó el ruido del coche que comenzaba á caminar y salió de la casa de Don Nuño.

Don Leonel se tapó los oídos, porque en medio de aquel ruido que se alejaba, le parecia escuchar la voz de Catalina que le decia tristemente:

—¡Para siempre! ¡para siempre!

Y él instintivamente le contestaba tambien:

—¡Para siempre! ¡para siempre!

Al siguiente dia, Martin buscó á Doña Esperanza, y supo que vivia ya en la casa de su padre Don Pedro de Mejía, en la posesion de cuyos bienes habia entrado.

Martin determinó no verla ya, y Don César y Teodoro aprobaron su resolucion.

En toda la corte no se hablaba mas que de las desgracias de Doña Esperanza y de las maldades de que habia sido víctima; todos atribuian á un milagro su salvacion; y el nombre de Martin Garatuza no se escuchaba para nada en aquellas conversaciones.

Los esfuerzos y el triunfo de Martin no eran ni siquiera conocidos.

—¡Así es el mundo en su gratitud!

Al volver volvió su mano y se precipitó en su aposento.
Pocos momentos después se escuchó el ruido del coche
que comenzaba á caminar y salió de la casa de Don César.
Don Teodoro se tapó los oídos, porque en medio de aquel
ruido que se alzaba, le parecía escuchar la voz de Catalina
que le decía tristemente:

—Para siempre! para siempre!

Y él instintivamente le contestaba también:

—Para siempre! para siempre!

EPILOGO.

Por un estrecho y escabroso sendero, que practicado entre la maleza y los riscos, conducía á la cresta de una de las elevadas montañas que rodean el extenso Valle de México, caminaban tres hombres, caballeros sobre tres soberbios corceles.

Ninguno de ellos hablaba, y uno en pos de otro trepaban por aquellas escarpadas sierras, deteniéndose á cada momento para no fatigar demasiado á sus cabalgaduras.

El que guiaba en la marcha, era un negro de elevada talla y robustos miembros; seguía-le después un caballero joven, pero que mostraba en su semblante las huellas de profundos sufrimientos, y al último caminaba un hombre como de cuarenta años, que revelaba en la viveza é inquietud de sus miradas toda la astucia y la sagacidad de la zorra.

Comenzaba á distinguirse una planicie en la cumbre de uno de aquellos cerros, y allí una casa de madera medio arruinada ya por la intemperie.

—Señor Don César—dijo el negro deteniéndose y ha-

blando con el caballero que le seguía;—mirad, aquella es la casa de Guzman, y desde aquí presencié yo la desgracia de Doña Blanca.

Don César no contestó, y se puso á contemplar el punto que le señalaba el negro.

—Teodoro—preguntó el tercero de los viajeros—¿acaso aquella cruz estaba ya en la orilla del Barranco?

—No, Martin—contestó el negro;—cuando yo volví en mis sentidos, después del accidente que me causó la vista de aquella desgracia, obligué á la vieja que me había traído, á plantar esa santa cruz en el mismo lugar en que estaba parada Doña Blanca cuando se precipitó.

—¡Pobre mártir!—exclamó Martin;—no me arrepiento de lo que hicimos con Don Alonso.

—Ni con Guzman—agregó el negro.

—Adelante—dijo Don César.

Teodoro emprendió de nuevo el camino, y llegaron muy pronto á la meseta que se formaba en la cima.

Don César se bajó de su caballo; los demás le imitaron, y los animales fueron atados á las columnas de madera formadas de troncos de árbol, que sostenían el techo de la casa que había sido habitación de Guzman.

Don César estaba sombrío, Martin no le perdía un instante de vista; Teodoro, triste y cabizbajo, no hablaba una palabra.

—Teodoro—dijo Don César—¿adónde está esa cruz estaba Doña Blanca.

—Sí, señor; mirad: Guzman se había colocado en esa peña, vuestra esposa estaba en esa punta que se levanta entre la barranca; hablaban y accionaban; yo no oía lo que se decían; Guzman dió un paso adelante, se escuchó un gemido, y ví volar al abismo á Doña Blanca.

Don César no contestó; siguió avanzando hasta el pie de la cruz, se quitó su sombrero y se arrodilló.

Con el rostro inclinado, el desgraciado amante de Doña Blanca oró y sollozó largo rato; los otros dos lo contemplaban con respeto.

Después, se levantó con mucha serenidad, se acercó á la orilla del torrente, contempló aquellas aguas que chocando contra las rocas se tornaban en un pequeño lago hirviente y espumoso, alzó los ojos y las manos al cielo y se arrojó al abismo.

Pero en aquel mismo instante una mano de acero lo sujetó de la espalda de la ropilla, y lo retiró del borde del barranco.

Don César volvió el rostro con indignación, buscando quién lo había detenido.

Era Teodoro, que había seguido todos sus movimientos, que había adivinado sus intenciones.

—Dios te lo perdone—dijo calmándose repentinamente Don César;—iba á unirme con Blanca.

—Ibais, señor, á separaros de ella por toda una eternidad: ella se dió la muerte por salvar su pureza; es una mártir, está en el cielo, en el coro de las vírgenes escogidas; vos íbais á morir por la desesperación, los réprobos os aguardaban ya. Pensad si os uniríais á Doña Blanca, pensadlo, señor, y si insistís, os dejaré en libertad de morir.

Don César inclinó la cabeza, meditó y lloró, y luego como iluminado por un relámpago, exclamó:

—Eso es, no moriré; viviré aquí, aquí, para orar siempre por Doña Blanca, para recibir aquí la muerte cuando Dios sea servido de enviármela: idos, aquí me quedo.

De los tres hombres que habían subido á la montaña, solo dos volvieron al Valle.

Don César de Villaclara quedó allí haciendo esa vida de soledad y de penitencia mística y contemplativa de que tantos ejemplos nos traen las historias de aquellos tiempos.

Aquella misma noche se celebraba en México con grande pompa el casamiento de Don Leonel de Salazar con su prima la hermosísima y rica señora Doña Esperanza de Carbajal.

Entre las gentes que miraban por la calle la luz que salía por las ventanas en la antigua casa de Don Pedro de Mejía, se podían notar dos hombres embozados en largas y negras capas, que hablaban en voz baja.

—Teodoro—decía el uno—aunque me alegra esta boda por lo que quiero á Don Leonel y á Doña Esperanza, siento el corazón despedazado al pensar que así debieran haberse celebrado las bodas de la desgraciada Doña Blanca y del infeliz Don César, á quien hemos dejado en la Sierra metido á ermitaño.

—Es verdad; pero estos jóvenes merecen ser muy felices, Martin—contestó Teodoro.

—También aquellos, y no lo fueron.

—Eso prueba que la virtud ni trae la desgracia, como dicen los impíos, ni la felicidad, como aseguran los hombres de la Iglesia.

—¿Qué es, pues, la felicidad? ¿qué la produce?

—Es un conjunto casual de circunstancias y se produce por la casualidad.

—¿Y Dios?

—Allá—dijo Teodoro señalando al cielo—allá da sus cas-

tigos ó sus recompensas; aquí deja la libertad al hombre para obrar.

—Por esa libertad misma—contestó Martin sonriéndose —me marcho mañana mismo, porque ya la justicia sabe que no he muerto y que vivo por desgracia de ella.

—Hareis bien.

Y los dos embozados en sus capas, se pusieron en marcha y se perdieron en las sombrías calles de la capital de la colonia.

FIN.

—Alto—dijo Teodoro señalando el cielo—ahí de una casa... —Y Dios... por la casualidad... Es un conjunto casual de circunstancias y se produce... Qué es pues la felicidad? ¿qué la produce? de la Iglesia... con los ruidos, ni la felicidad, como aseguran los hombres... —También apellidó y no lo fueron... —Martin—contestó Teodoro... —Es verdad; pero estas jóvenes merecen ser muy felices... tido á examinar... infeliz Don César, á quien hemos dejado en la Sierra... se celebró la boda de la desgraciada Doña Blanca y del... to el corazón despedazado al pensar que así debería haber... por lo que quiero á Don Leonel y á Doña Esperanza, sien... —Teodoro—dices el uno—cuando me alista esta boda...

VI.—De lo que pasaba en la casa de la ca... 41
VII.—... 42
VIII.—... 43
IX.—En que se refiere lo que hizo Martin... 44
X.—En donde se prueba que los que an... 45
XI.—En donde el visitador y el... 46
XII.—... 47
XIII.—Como es muy cierto aquello de que... 48
LOS CRIOLLOS.

INDICE.

PRIMERA PARTE.

Capítulos. Páginas.
I.—En que se ve que algunas cosas son para unos juegos de niños y para otros dramas del corazon..... 5
II.—En que se prueba que el patriotismo suele anidar en femeniles pechos..... 11
III.—Dáse á conocer al lector la familia de Don Leonel de Salazar, y cuéntasele lo que en la casa de éste pasaba. 17
IV.—Adonde llevaba el Padre Salazar á su hermano Don Leonel..... 22
V.—Quién era el viejo que hablaba con los hermanos Salazar y de qué trataba... 28
VI.—En que el lector encuentra tres personas que serán quizá conocidas viejas. 34